

y como lo juró lo cumplió. ¿No os parece que tenemos razón para maldecir este vicio, contrario a la honra de la bondad divinal, la cual es mayor que nuestra maldad, cuanto Dios es mayor que el hombre?

Y tened por cierto, que como el camino de la perfecta virtud sea una muy reñida batalla, y con enemigos muy fuertes dentro de nos y fuera de nos, no puede llevar consigo quien comienza esta guerra cosa más perjudicial, que la pusilanimidad de corazón; pues quien ésta tiene, de las sombras suele huir.

Con mucha causa mandaba Dios en tiempos pasados que cuando su pueblo estuviese en la guerra, antes que comenzasen a pelear, sus sacerdotes esforzasen al pueblo, no con esfuerzos humanos de muchedumbre de gentes y de armas, mas con la sombra del Señor de los ejércitos, en cuya mano está la victoria; el cual suele vencer los altos gigantes con las pequeñas langostas, para gloria de su santo nombre. Y conforme a esto que Dios mandaba, dice aquel valeroso San Pablo a los que quieren entrar en la guerra espiritual (*Ephes.*, 6, 10): *Confortaos en el Señor, y en el poder de su fortaleza*; para que así confortados peleen las peleas de Dios con alegría y esfuerzo. Como de Judas Macabeo se lee (1 *Mac.*, 3, 2) que *peleaba con alegría*, y así vencía. Y San Antón, hombre experimentado en las espirituales guerras, solía decir que «la alegría espiritual es admirable y poderoso remedio para vencer a nuestro enemigo». Que cierto es, que el deleite que se toma en la obra, acrecienta fuerzas para la hacer. Y por esto San Pablo nos amonesta (*Philip.*, 4, 4): *Gozaos siempre en el Señor*. Y de San Francisco se lee que reprendía a los frailes que veía andar tristes y mustios y les decía: «No debe el que a Dios sirve estar de esta manera, si no es por haber cometido algún pecado. Si tú lo has hecho, confiéstate, y torna a tu alegría.» Y de Santo Domingo se lee parecer en su faz una alegre serenidad, que daba testimonio de su alegría interior, la cual suele nacer del amor del Señor, y de la viva esperanza de su misericordia, con la cual pueden llavar a cuestras su cruz, no sólo con paciencia, mas con alegría; como lo hicieron aquellos que *les robaron los bienes y quedaron alegres* (*Hebr.*, 10, 34). Y la causa fué porque *aposentaron en su corazón que tenían mejor hacienda en el cielo*;

experimentando lo que dijo San Pablo (*Rom.*, 12, 12): *Gozosos en la esperanza, y sufridos en la tribulación*; porque sin lo primero, mal se puede haber lo segundo.

Mas cuando este vigor y alegría falta, es cosa digna de compasión ver lo que pasan personas que andan en el camino de Dios, llenos de tristeza desaprovechada, aheleados (2) los corazones, sin gusto en las cosas de Dios, desabridos consigo y con sus prójimos, y con tan poca confianza de la misericordia de Dios, que por poco no tendrían ninguna. Y muchos hay de éstos que no cometen pecados mortales, o muy raramente; mas dicen, que por no servir a Dios como deben y como desean, y por los pecados veniales que hacen, están de aquella manera; como en la verdad sean tales las cosas que se siguen de aquella pena demasiada, que les daña mucho más lo que de la culpa sucede, que la misma culpa que cometieron. Y lo que pudieran atajar, si prudencia y esfuerzo tuvieran, lo hacen crecer, y que de un mal caigan en otro.

Deben éstos procurar y trabajar de servir a Dios con toda diligencia; mas si se vieren caídos, lloren, mas no desconfíen. Y conociendo ser más flacos de lo que pensaban, humíllense más, y pidan más gracia, y vivan con mayor cautela, tomando avisos de una vez para otra. Y hacen muchos al revés de esto, que son descuidados y perezosos en servir a Dios, y en cayendo en la culpa no se saben valer, sino dan consigo en el pozo de la desconfianza y de mayor negligencia; como en la verdad la principal causa para evitar la desesperación sea evitar la tibieza y descuido en el servicio de Dios; porque habiendo estas raíces, quiera el hombre, o no, no puede tener aquel vigor de corazón y esfuerzo que de la buena y diligente vida se siguen. Y si éstos considerasen que pasan mayor trabajo con estos sentimientos tristes y desesperados que de la tristeza se siguen, que pasarían en cortar de raíz las malas afecciones y peligrosas ocasiones que los impiden de servir a Dios con fervor, ya (3) que fuesen amigos de huir de tra-

---

(2) *Aheleados*: amargados, llenos de hiel.

(3) *Ya*: las ediciones consultadas, y *ya*,

bajos, habían de elegir los que tiene anejos la perfecta virtud, por huir los que se siguen a la falta de ella.

San Pablo dice (1 *Tim.*, 1, 5): *Fin del mandamiento es la caridad, que procede de puro corazón, y conciencia buena, y fe no fingida.* Y llama conciencia buena, como dice San Agustín, a la esperanza, para darnos a entender que si no hay buena conciencia, teniendo fe y amor, y buenas obras, que de aquí proceden, no habrá viva esperanza que nos dé alegría. Y si hay alguna falta en la buena conciencia, habrála también en el conhorto (4) y alegría que se causan por la perfecta esperanza, porque aunque no muera, pues el tal hombre está en gracia, mas en fin obrará flacamente.

Así que los que dicen: «Cree que Dios te perdona y te ama, y serás perdonado y amado» (5); y otras semejantes palabras a éstas, muy gravemente se engañan, y dan testimonio que hablan de imaginación, y no de experiencia, ni según la fe. Y aquellos tales esfuerzos, como no son de Dios, no pueden tener en pie al hombre cuando se ofrece tribulación que sea de verdad. El esfuerzo del corazón, y el gozo de la buena conciencia, frutos de la buena vida son; el cual hallan dentro de sí los que bien viven, aunque no miren en ello; y cuanto más crece lo uno, más crece lo otro. Y de causa contraria se sigue el efecto contrario, según está escrito (*Eccli.*, 36, 22): *El corazón malo da tristeza, y de ésta nace la desconfianza, y otros males con ella.*

(4) *Conhorto*: consuelo, esfuerzo.

(5) Para Lutero, a quien alude el autor, la justificación no es más que la fe, la confianza, la corazonada con que uno se persuade que está perdonado, que es justo, aunque siga siendo tan corrompido, pues todas sus obras siguen siendo pecado.

## CAPITULO 24

*De dos remedios para cobrar esperanza en el camino del Señor; y que conviene no acobardarnos, aunque el remedio de la tentación se dilate; y cómo hay corazones que no se saben humillar sino con golpes de tribulaciones, y por eso los conviene ser así curados.*

Lo que de todo esto habéis de sacar es, que pues tanto os conviene andar confortada con la buena esperanza, y alegre en el servicio de Dios, procuréis para ello dos cosas. La una, la consideración de la bondad y amor divinal que en darnos a Jesucristo por nuestro se nos manifiesta. Y la otra, que echando de vos toda pereza y tibieza, sirváis con diligencia a nuestro Señor. Y cuando en alguna culpa cayéredes, que no os desmayéis con desconfianza, mas que procuréis el remedio y esperéis el perdón. Y si muchas veces cayéredes, muchas procuréis de os levantar. Porque ninguna razón sufre que vos os canséis de recibir el perdón, pues Dios no se cansa de os lo dar. Que quien mandó que perdonásemos a nuestros prójimos *no sólo siete veces al día, más setenta veces siete* (Mt., 18, 22), que quiere decir, *que perdonemos sin tasa*, muy mejor dará el Señor su perdón cuantas veces le fuere pedido; pues su bondad es mayor, y está puesta por ejemplo a la cual sigamos nosotros.

Y si la entereza de vida y remedio que vos deseáis no viene tan presto como querriades, no por eso penséis que nunca os ha de venir. Y no seáis semejable a los que dijeron: *Si en cinco días no enviare Dios remedio, darnos hemos a nuestros enemigos*; porque con mucha razón reprendió a estos tales la santa Judith (3, 11), y les dijo: *¿Quién sois vosotros, que tentáis al Señor?* No es tal palabra como ésta para provocarle a misericordia, mas antes para despertar su ira y encender su furor. ¿Habéis vosotros señalado tiempo de la misericordia del Señor? ¿Y habéis señaládole día conforme a vuestra voluntad? Aprended, pues, a esperar al Señor hasta que venga con su misericordia, y no os canséis de padecer, pues os va en

ello la vida. Y si los aprietos grandes os enflaquecen la esperanza, ellos mismos os la deben esforzar, porque suelen ser víspera del remedio; pues la hora del Señor para librar es cuando la tribulación ha mucho tiempo durado, y en el presente aprieta más; como parece en sus discípulos, a los cuales dejó padecer *tres partes de la noche*, y a la postrera los consoló (*Mt.*, 14, 25). Y a su pueblo libró del cautiverio de Egipto cuando estaba más crecida la tribulación que padecía; y así hará a vos cuando no penséis.

Y si os parece que quisiérades tener una vida muy santa y perfecta, y que toda ella diera gloria al Señor, sabed que hay personas tan soberbias y yertas (1), que no se saben humillar sino a costa de tentaciones y de desconsuelos, y aun de caídas; y son tan flojas, que no andan el camino de Dios con diligencia, sino a poder de muchas espoladas; y tienen un corazón tan duro, que han menester para quebrantarlo tener muchos males; y no saben tener discreción ni cautela, sino después de haber muchas veces errado; en fin, tienen un corazón, que con pocos bienes se hincha y hace vano; y han menester muchos males para andar humillados para con Dios y los prójimos. Y la cura de estos males ya vos veis que no puede ser sino con cauterios de fuego, de permitir Dios desconsuelos e ignorancias, y aun pecados, para que así lastimados, se humillen y sean libres de los males ya dichos. Dice el Profeta Micheas (4, 10): *Vendrás hasta Babilonia, y allí serás librado, y te redimirá Dios de la mano de tus enemigos*; porque en la confusión de estas caídas y vida se suele el hombre humillar y buscar el remedio de Dios y hallar lo que por ventura, a no haber caído, lo perdiera por soberbia, o no lo buscara con diligencia y dolor.

Gracias, Señor, a Ti para siempre, que de males tan perjudiciales sueles sacar bienes del cielo, y que tan bien eres glorificado en perdonar pecadores, como lo eres en hacer justos y tenerlos en pie, y salvas, por vía de *corazón contrito y humillado*, al que no fué para servirte con lealtad; y haces que los pecados den ocasión a que el hombre sea humilde, cauto y diligente; y que como Tú dijiste (*Lc.*, 7, 43): *A quien más sueltan, más ame*. Y así se cumple lo que dijo tu

(1) *Yertas*: erguidas, orgullosas, tiesas.

Apóstol (*Jac.*, 2, 13) que *miser cordia en justicia hace parecer más ilustre tu justicia*, pues parece mayor tu bondad en perdonar y salvar a los que han pecado y se tornan a Ti. Y en otra parte dijo (*Rom.*, 8, 28) que *los que aman a Dios, todas las cosas se les tornan en bien*, y aun los pecados que han hecho, como dice San Agustín. Lo cual no toméis por ocasión de tibieza, ni de pecar fácilmente, pues por ninguna cosa se debe hacer; mas para que si tal desdicha os viniere que ofendáis a nuestro Señor, no hagáis otro peor mal en desconfiar de su misericordia.

## CAPITULO 25

*Cómo el demonio procura traer a desesperación poniendo tentaciones contra la fe y cosas de Dios; y de los remedios que habemos de usar contra estas tentaciones.*

Otras veces suele el demonio hacer desmayar trayendo pensamientos contra la fe, o muy sucios y abominables contra las cosas de Dios; y hace entender al que los tiene que salen de él y que él los quiere. Y con esto atribúlele de tal manera, que le quita toda la alegría del ánima, y le hace entender que está desechado de Dios y condenado de Él, y pónole gana de desesperar, diciéndole que no puede parar en otra parte sino en el infierno, pues ya tiene blasfemias y cosas semejables a las de allá. No es tan necio el demonio, que no se le entiende que un cristiano católico no ha de venir a consentir en cosas tan aborrecibles a su cristiano corazón; mas su intento es desmayarle, para que así pierda la confianza que en Dios tenía, y trabajado con tales importunidades, venga a perder la paciencia, y así traiga el corazón alborotado y desabrido; que es cosa de que los demonios suelen sacar mucha ganancia, por el aparejo que tienen de imprimir cualquier mal en tal corazón.

Lo primero que entonces debemos hacer, si no está hecho, es mirar con cuidado y muy de reposo nuestra conciencia, y limpiarla con la confesión de todo lo malo que en ella sintiéremos, y ponerla en concierto, ni más ni menos que si aquel día hubiésemos

de morir; y de allí adelante vivir con mayor cuidado que antes en servir a nuestro Señor. Porque acaece algunas veces permitir el soberano Juez que nos vengan estas cosas tan espantables contra nuestra voluntad, en castigo de otras en que caemos por nuestra propia voluntad y descuido que en su servicio tenemos; lo cual el Señor quiere curar con azote que tanto duele, para que, lastimados con él, dejemos de pacer en las cosas vedadas, y aguijemos en nuestro camino, como lo suele hacer un animal sin razón cuando es azotado de quien camina tras él. Aunque otras veces envía el Señor este tormento por otros fines que su alta sabiduría sabe. Mas ahora sea el azote enviado por uno u otro fin, debe cada uno hacer lo que es dicho, de purificar su conciencia, e ir diligente en el servicio de Dios, pues este remedio a ninguna cosa daña y para todas es provechoso.

Y luego, confiado en la misericordia de Dios y pi-diéndole su socorro, ya que no puede dejar de oír este lenguaje, pues el demonio, aunque no queramos, puede traernos pensamientos y hablas interiores, a lo menos haga el hombre como que no los oye, y esté en su paz, sin desmayarse con ellos, y sin tomarse a palabras ni respuestas con el enemigo, según dice David (Ps. 37, 14): *Yo, como sordo, no oía; y como mudo, que no abre su boca.* Dificultoso es esto de creer a los que poco saben de las astucias del demonio; los cuales si no dejan de pensar o hacer el bien que hacían, y se ocupan en oír y andar matando las moscas de los tales pensamientos, piensan que por el mismo hecho les han dado consentimiento. Y no saben que va mucha diferencia de sentirlos a consentirlos; y que mientras más los tales pensamientos son tan abominables, tantó más pueden confiar en nuestro Señor, que Él los guardará de consentir en males tan grandes, y a los cuales ninguna inclinación tiene, antes aborrecimiento. Y así el mejor remedio es no curar de ellos, con una sosegada disimulación; pues que no hay cosa que más lastime al demonio, como a soberbio, que el despreciarle tan despreciado, que ningún caso hagamos de él, ni de lo que nos trae; ni hay cosa tan peligrosa como trabar razones con quien tan presto nos puede engañar. Y a bien librar, hácenos perder tiempo, y dejar de proseguir el bien que hacíamos. Y por esto debemos cerrarle la puer-

ta de nuestro entendimiento cuán fuerte pudiéremos, y unirnos con Dios, y no responder a nuestro enemigo.

Y para nuestro consuelo y satisfacción debemos decir algunas veces al día, que creemos lo que cree nuestra madre la Iglesia, y que no es nuestra voluntad consentir en pensamiento falso ni sucio; y decir al Señor lo que está escrito (*Isa.*, 38, 14): *Señor, fuerza padezco; respondió Vos por mí;* y confiar en su misericordia que así lo hará. Porque la victoria de nuestra pelea no está colgada de menear nuestros brazos a solas, mas lo principal de ella es invocar al Señor todopoderoso y acogernos nosotros a Él. Porque si muchas hablas y respuestas tenemos con nuestros enemigos, ¿cómo le diremos a Dios que responda por nos? *Vosotros callaréis*—dice la Escritura (*Ex.*, 14, 14)—*y el Señor peleará por vosotros.* Y en otra parte dice Isaías (30, 15): *En silencio y esperanza será vuestra fortaleza.* Y en faltando cualquiera de estas dos cosas, luego el hombre se enflaquece y se turba. Y con este callar con disimulación y buena esperanza, he visto a muchas personas haber sanado en breve tiempo de aqueste mal trabajoso, y haber el demonio callado, viendo que ni le oían, ni respondían; como lo suelen hacer los perrillos que ladran, que si el hombre pasa y calla, también callan ellos, y si no, más ladran ellos.

## CAPITULO 26

*Cómo pretende el demonio en las sobredichas tentaciones apartarnos de la devoción y buenos ejercicios; y que el remedio es crecer en ellos, dejando la demasiada codicia de los dulces sentimientos del ánima; y por qué fin se pueden éstos desear.*

Mas dirá algún flaco: Quítanme estos malos pensamientos la devoción, y suélenme venir cuando yo más me llego a la devoción y a las buenas obras; y por no oír tales cosas, me da gana algunas veces de dejar el bien comenzado.

Mas la respuesta está clara: que eso mismo es por lo que el demonio andaba, aunque iba por rodeo de traer pensamientos diferentes de aqueso. Mas debéis antes crecer en el bien que menguar, como persona

que adrede lo hace, por hacer ir al demonio con pérdida de lo que pensó llevar ganancia.

Y si faltare ternura de devoción no te penes por ello, pues no se miden nuestros servicios sino por el amor; el cual no es devoción tierna, mas un libre ofrecimiento y propósito de nuestra voluntad para hacer lo que Dios y su Iglesia quiere que hagamos, y para pasar lo que Él quiere que padezcamos por darle contentamiento a Él. Y si algunos, que parece que dejan lo que en el mundo tienen por servir a Dios, dejasen también la desordenada codicia de los dulces sentimientos del ánima, vivirían más alegres de lo que viven, y no hallaría el demonio cabellos de codicias (1) de que asirles para traerles la cabeza alrededor (2), y lastimarlos y aun engañarlos. Desnudo murió Jesucristo en la cruz, desnudos nos hemos de ofrecer nosotros a Él. Y nuestra vestidura sola, ha de ser hacer su santa voluntad, según está declarada en los mandamientos de Él y de su Iglesia, y recibir con amorosa obediencia lo que Él nos quisiere enviar, por duro que sea. Igualmente hemos de tomar de su mano la tentación y la consolación, y darle gracias por uno y por otro.

San Pablo dice (*Ephes.*, 5, 20), *que en todas las cosas demos gracias a Dios*. Porque como la señal del buen cristiano es amar por amor de Dios a quien le hace mal—pues al bienhechor quienquiera le ama—, así el dar gracias a Dios en la adversidad, no mirando lo áspero que de fuera parece, mas la merced escondida que debajo de aquello Dios nos envía, es señal de hombre que tiene otros ojos que los de carne, y que ama a Dios, pues en lo que le duele se conforma con su voluntad. Y así no hemos de estar asidos a los flacos ramos de nuestros deseos, aunque nos parezcan buenos, mas a la fuerte columna de la divina voluntad, para que obedeciéndola, según hemos dicho, participemos a nuestro modo del sosiego e inmutabilidad que ella tiene, y evitemos las muchas mudanzas que en nuestro corazón hemos de sentir, si en él hay codicia. Cierto, poca diferencia va de servir uno a Cristo por dineros, o por consolaciones y gustos del ánima, por cielo o por tierra, si el pos-

(1) *Codicias*: deseos desordenados, aun de cosas buenas.

(2) *Alrededor*: al retortero.

trer paradero es codicia mía. Lucifer, según muchos Doctores dicen, la bienaventuranza deseó; mas porque no la deseó como debía y de quien debía, y que se le diese cuando Dios quería, no le aprovechó que lo que deseaba era bueno, mas pecó por no desearlo bien; y así, fué codicia, y no buen deseo. Pues de esta manera os digo que no estemos asidos con ahinco y desorden a gustos espirituales; mas, ofrecidos a la cruz del Señor, tomar de buena gana lo que nos diere, sea miel dulce, o hiel y vinagre.

Ni tampoco he dicho esto porque estas cosas de sí sean malas ni desaprovechadas, si de ellas se sabe usar, y se reciben, no para parar en ellas, mas para tener mayor aliento en el servicio de Dios; especialmente para los que comienzan, los cuales ordinariamente han menester, conforme a su edad, leche de niños; y quien los quisiere criar con manjar de grandes, y en un día hacerlos perfectos, errarlo ha mucho, y en lugar de aprovechar dañará. Tiene cada edad su condición y su fuerza, conforme a lo cual se le ha de dar su mantenimiento; y como dice el experimentado y santo Bernardo: «El camino de la perfección no se ha de volar, sino pasear.» Ni piense nadie que es todo uno, entenderla y tenerla. Y por tanto, si el Señor da estas consolaciones, recíbanse para llevar su cruz con mayores fuerzas, pues que es su costumbre consolar discípulos en el monte Tabor, para que no se turben en la persecucion de la cruz. Y ordinariamente, primero que entre la hiel de la tribulación envía miel de consolación. Y nunca vi estar mal ni tener en poco las consolaciones espirituales sino a quien no ha experimentado qué son. Mas si el Señor nos quisiere llevar por camino de desconsuelos, y que oigamos el penoso lenguaje de que estamos hablando, no nos debemos desmayar por cosa que Él nos envía, mas beber con paciencia el cáliz que el Padre nos da, y porque Él nos lo da, y pedirle fuerzas para que le obedezca nuestra flaqueza.

Ni tampoco penséis que os enseño que se puede excusar el gozo cuando el Señor nos visita, o dejar de sentir su ausencia y el ser entregados a nuestros enemigos para ser de ellos tentados y atribulados. Mas lo que os quiero decir es que procuremos, con las fuerzas que Dios nos diere, de nos conformar con su santa voluntad con obediencia y sosiego, y no seguir la

nuestra, de la cual por fuerza se han de seguir desconsuelos y desconfianzas y cosas de aquéostas. Suplicad al Señor nos abra los ojos; que, más claro que la luz del sol, veríamos que todas las cosas de la tierra y del cielo son muy baja cosa para desear ni gozar, si de ella se apartase la voluntad del Señor. Y que no hay cosa, por pequeña y amarga que sea, que si a ella se junta la voluntad del Señor, no sea de mucho valor. Más vale sin comparación estar en trabajos, si el Señor lo manda, que estar en el cielo sin su querer.

Y si una vez de verdad desterrásemos de nosotros nuestra secreta codicia, caerían con ella muchos malos frutos que de ella proceden, y cogríamos otros más valerosos de gozo y de paz, que de la unión con la divina voluntad suelen venir, y tan firmes que aun la misma tribulación no nos los puede quitar. Pues aunque los tales se sientan atribulados y desamparados, mas no por eso desesperados ni muy turbados, porque conocen ser aquél el camino de la cruz, a la cual ellos se han ofrecido, y por el cual Cristo anduvo; como parece que estando en la cruz dijo a su Padre (*Mt.*, 27, 46): *Dios mío, ¿por qué me desamparaste?* Mas poco después dijo (*Lc.*, 23, 46): *En tus manos, Padre, encomiendo el espíritu mío.* El Señor dijo (*Jn.*, 16, 22): *Otra vez os veré, y gozarse ha vuestro corazón, y vuestro gozo ninguno os lo quitará.* Porque quien de este estado goza, no hay tribulación que allá en lo de dentro del ánima le desasosiegue notablemente, porque allá dentro está muy unido con la voluntad del que lo envía. Y si así lo hiciésemos, engañaríamos al engañador, que es el demonio, pues que no desmayándonos, ni tornando atrás del bien comenzado por el mal lenguaje que él nos traía, antes tomando lo que el Señor nos envía con obediencia y hacimiento de gracias, salimos sin daño de esta pelea, aunque dure por toda la vida; y aun con mayor provecho que antes teníamos, pues que nos dió ocasión: para ganar en el cielo coronas, en galardón de la conformidad que con la voluntad del Señor tuvimos, sin curar de la nuestra, aun en lo que muy penoso nos era.

## CAPITULO 27

*Que el vencimiento de las tentaciones dichas está más en tener paciencia para las sufrir, y esperanza del favor del Señor, que en la fuerza de querer hacer que no vengan.*

Este vencimiento de que hemos hablado, más viene por *maña* de tener paciencia en lo que nos viene, que por *fuerza* de querer hacer que no nos venga. Y por eso dice el Esposo en los Cantares (2, 15): *Cazadnos las pequeñuelas zorras que destruyen las viñas, porque nuestra viña ha florecido.* La *viña* de Cristo nuestra ánima es, plantada por su mano y regada con su sangre. Esta *florece* cuando, pasado el tiempo en que fué estéril, comienza nueva vida y fructifica al que la plantó. Mas porque a los tales principios suelen acechar estas y otras tentaciones del astuto demonio, por esto nos amonesta el Esposo florido, que pues nuestra ánima, *viña* suya, *ha florecido*, procuremos de *las cazar*. En la cual palabra da a entender que ha de ser por *maña*, como hemos dicho. Y en decir que son *zorras*, da a entender que vienen solapadas, y que pareciendo que tiran a una parte, hieren en otra. Y en decir *pequeñuelas*, da a entender que no son mucho de temer para quien las conoce; porque el conocerlas, es vencerlas del todo, o enflaquecerlas. Y en decir que *destruyen las viñas*, da a entender que hacen mucho daño en los hombres que no las conocen; porque amedrentados y desconfiados de salir con el negocio de Dios, dejan su camino, y con miserable consejo danse abiertamente a pecar; pareciéndoles que hallan más paz por el camino ancho de la perdición, que por el estrecho de la virtud que lleva a la vida. Y el fin de éstos, si al buen camino no tornan, muchas veces es tal, que trae muy ciertas señales de eterna perdición, como la Escritura dice (*Eccli.*, 26, 27): *Al que se pasa de la justicia al pecado, Dios le aparejó para el cuchillo;* que quiere decir, para el infierno.

Debieran éstos mirar que así como los gabaonitas, por haber hecho amistades con Josué (10, 1-27), fueron cercados y perseguidos de los enemigos, y siendo

llamado Josué de ellos para que los socorriese, los socorrió y libertó, teniendo la causa por suya, pues por haber hecho paces con él eran perseguidos de los enemigos; así en comenzando los que sirven a Dios a ser de su bando, luego son perseguidos de los demonios como antes no eran; lo cual parece en que, si quisiesen dejar el bando de Cristo, cesaría contra ellos la persecución comenzada; y si la padecen, por tener en pie el bando de Cristo la padecen. Lo cual es una merced muy particular que Dios hace, como dice San Pablo (*Phil.*, 1, 29): *A vosotros es dado por Cristo no solamente que creáis en Él, mas que padezcáis por Él.* Y si los ángeles del Cielo pudiesen haber envidia de los hombres de la tierra, de esto la habrían, de que padecen por Dios.

Y aunque por palabra de Dios (*Jac.*, 1, 12) está prometida *corona al varón que sufre tentación y fuere probado en ella*—el cual galardón es muy bien hecho que lo consideremos y deseemos, para con mayores alientos no ser tibios en el obrar, ni flacos en el padecer, según se dice de Moisés (*Hebr.*, 11, 26), que *miraba al galardón*, y David también (*Ps.*, 118, 112)—; mas el verdadero y perfecto amor del Señor crucificado estima en tanto el conformarse con él, que tiene por muy gran merced y galardón el padecer por su Dios. Porque, como dice San Agustín, «dichosa es la injuria de la cual Dios es causa». Y pues no hay hombre que no ampare al que padece porque le entró a servir, mucho más se debe esperar esto de la Bondad divinal, y que tomará la causa por suya, según David lo pedía (*Ps.*, 73, 22): *Levántate, Señor, y juzga tu causa, y acuérdate de tus injurias que el insipiente dice contra Ti todo el día.* A Dios toca el negocio que el que le sirve pretende; y por eso Dios sale a él con gran lealtad. Y en esta esperanza, y no en la nuestra, hemos de osar emprender la empresa del servicio de Dios.

## CAPITULO 28

*Del grande remedio que es contra las tentaciones buscar un confesor sabio y experimentado, a quien se dé entera cuenta y crédito; y lo que el confesor debe hacer con los tales; y del fruto de estas tentaciones.*

Suele a los que estas tentaciones tienen dar mucha pena el haberlas de decir abiertamente a su confesor, por ser cosas tan feas y malas, que no merecen ser tomadas en lengua, y que sólo nombrarlas causa desmayo. Y, por otra parte, si no las dicen muy por extenso, y no relatan cada pensamiento por menudo que sea, paréceles no ir bien confesados. Y así nunca van satisfechos, ora lo digan, ora lo callen, mas con más tristeza de la que trajeron. Deben las tales personas buscar un confesor sabio y experimentado, y darle a entender las raíces de la tentación, de manera que él quede satisfecho y entienda el negocio; y darle muy entero crédito en lo que dijere, porque en esto consiste el remedio de estas personas que, o por su poco saber, o por estar apasionados, no son parte para ser buenos jueces de sí.

Y el tal confesor debe orar mucho al Señor por la salud de su enfermo; y no cansarse porque le pregunte el tal penitente muchas veces una misma cosa, ni por otras flaquezas que suelen tener; de las cuales no se espante, ni le desprecie por ellas; mas háyale compasión entrañable, y *corrijale en espíritu de blandura*, como dice San Pablo (*Gal.*, 6, 1), *porque no sea él también tentado* en aquello o en otro, y venga a probar a su costa cuánta es la humana flaqueza. Encomiéndele la enmienda de la vida, y que tome los remedios de los Sacramentos. Y déle a entender que ningún pensamiento hay tan sucio ni malo, que pueda ensuciar el ánimo si no lo consiente. Y déle buena esperanza en la misericordia de nuestro Señor, que a su tiempo le librá; y que entre tanto sufra este tormento de sayones, en descuento de sus pecados, y por lo que Jesucristo pasó. Y así confortado el penitente, y llevando su cruz con buena paciencia, y ofreciéndose a la voluntad de nuestro Señor para llevarla toda la vida, si Él fuere de ello servido, ganará

más con aquella hiel y vinagre que el demonio le da, que con la miel de devoción que él deseaba.

Y sucede de aquí, que estando nuestra ánima en flor de principios, comience a dar fruto de hombres perfectos; pues mamando antes leche de devoción tierna, comemos ya pan con corteza, manteniéndonos con las piedras duras de las tentaciones, las cuales él nos traía para probarnos *si éramos hijos de Dios*, como hizo con nuestro Señor (Mt., 4, 3). Y así sacamos de la ponzoña miel, y de las heridas salud, y de las tentaciones salimos probados, con otros millones de bienes.

Los cuales no hemos de agradecer al demonio, cuya voluntad no es fabricarnos coronas, sino cadenas; mas hémoslo de agradecer a aquel sumo y omnipotente Bien, Dios, el cual no dejará acaecer mal ninguno, sino para sacar bien por más alta manera; ni dejaría a nuestro enemigo y suyo atribular a nosotros, sino para gran confusión del enemigo que atribula, y bien del atribulado; según está escrito (Ps., 2): *Que Dios hará burla de los burladores, y el que mora en el cielo mofará de ellos*. Porque aunque *este dragón* juega y burla en la mar de este mundo, tentando y amartillando a los siervos de Dios, *hace Dios burla de él* (Ps., 103, 26), porque saca bien de sus males; y mientras él piensa más dañar a los buenos, más provecho les hace. De lo cual él queda tan corrido y *burlado*, que por su soberbia y envidia no quisiera haber comenzado tal juego, que salió tan a provecho de los que él mal quería. Y la maldad *y lazo que a otros armó, cayó sobre su cabeza* (Ps., 34, 8); y queda muerto de envidia de ver que los que él tentó, van libres y cantando con alegría (Ps., 123, 7): *El lazo ha sido quebrado, y nosotros quedamos libres; nuestra ayuda es del Señor, que hizo el cielo y la tierra*.

## CAPITULO 29

*Cómo el demonio procura con miedos (1) exteriores quitarnos de los buenos ejercicios; y cómo conviene confortar el corazón con la confianza del Señor para lo vencer; y de otras cosas que ayudan para quitar este miedo, y del fruto de esta tentación.*

Es tanta la envidia que de nuestro bien tienen los demonios, que todas las vías tientan para que no gocemos de lo que ellos perdieron. Y cuando en una batalla van de nosotros vencidos—y por mejor decir, de Dios en nosotros—, mueven otra y otras, para si alguna vez hallaren algún descuidado a quien traguen. Mudan armas y género de batalla, pensando que a los que no vencieren en una, vencerán en otra. Por lo cual, después que han visto que *por astucia* no nos han podido empecer, por estar enseñados con la verdadera doctrina cristiana, que nos enseña a ponernos en el justísimo querer del Señor, y sufrir con paciencia lo que nos envía de dentro o de fuera, intentan *guerra más descubierta*, haciéndose *león* feroz el que antes era *dragón* escondido. Ya no tienta de uno y va a parar en otro (2), mas claramente se quiere hacer temer, pensando alcanzar *por espanto* lo que por arte no pudo. Aquí no le verán hecho zorra, mas león fiero, que con su bramido quiere espantar, como dice San Pedro (1 Petr., 5, 8): *Hermanos, sed templados y velad, porque vuestro adversario el diablo, como león bramando, rodea, buscando a quien trague; al cual resistid fuertes en la fe.* No deben ser *destemplados* ni *descuidados* los que tienen tal enemigo; y mucho conviene velar, y orar al verdadero Pastor Jesucristo, las ovejas que se ven cercadas de león tan bravo. Mas ¿qué son las armas con que se vence este ene-

(1) *Miedos.* Todas las ediciones consultadas traen *miedos*; pero es errata evidente, como se verá por el contexto.

(2) En las tentaciones de *astucia* (como *dragón*) acomete contra una virtud para derribarnos en otra. En estas de *violencia* (como *león*) acomete abiertamente para vencer por temor.

migo para que vaya confundido de esta guerra como de la pasada? Estas son, como dice San Pedro y San Pablo, *la fe*. Porque cuandodun ánima, con el amor de Dios, que es vida de la fe, desprecia lo próspero y adverso del mundo, y cree y confía en Dios, al cual no ve, no hay por dónde el demonio le entre. Y también, como esta lumbre de fe enseña a confiar, cuando hay peligros, en la misericordia de Dios, si el tal combatido se quiere aprovechar de ella, cobra grande ánimo para pelear contra el demonio, que es cosa muy necesaria para esta guerra. Porque si el *medroso de corazón* no era bueno para la guerra de los enemigos visibles, y por esto mandaba Dios que *se tornase de la guerra* (*Deut.*, 20, 8), ¿cuánto menos será para pelear, *no contra carne y sangre, mas contra los demonios, principes de las tinieblas*, como dice San Pablo? (*Ephes.*, 6, 12): Y aunque delante el acatamiento de Dios debemos estar postrados, y temiendo no nos desampare Él por nuestros pecados; mas en el tiempo de la guerra que nuestro enemigo nos acomete, en todo caso conviene que estemos con ánimo esforzado, despreciándolo a él, y llamando a nuestro Señor. De esta manera leemos (*Mc.*, 14, 34, 35) que el mismo Señor oró a su Padre antes de su prendimiento, postrado y con angustia de corazón; y de allí salió tan esforzado, que Él mismo fué a recibir a sus enemigos.

El principal intento del demonio en esta batalla es quitar el esfuerzo del corazón, para que por esta vía se deje el bien comenzado. Lo cual él procura, tomando unas veces figura de dragón, o de toro, o de otros animales, y estorbando la oración con estruendos, e impidiendo el reposo del sueño; como al santo Job (7, 14) se lee que hacía; y echando un entrañable temor en el hombre, que aunque sea esforzado, le hace temblar, y otras veces sudar con angustia; y cosas semejables a éstas, que dan testimonio que anda por allí este lobo infernal. Claro es, que pues todo el ardid de su guerra se ha por vía de miedo, las armas principales que hemos de tener son en esfuerzo del corazón, confortado, no con nuestra confianza, sino con la fiucia en nuestro Señor; porque ésta es la que en esta guerra nos hace victoriosos, pues que la fiucia vence al temor, según está escrito (*Is.*, 12, 2): *Confiadamente lo haré, y no te-*

*meré. Y tened por cierto, que no os arrepentiréis de haber puesto en Dios vuestra fiducia, que es una esforzada esperanza (3) ni diréis: Enganado me ha, pues no me salió como yo pensaba. Porque la esperanza, como dice San Pablo (Rom., 5, 5), no echa en vergüenza; ni quien espera en el Señor, será confundido (Ps., 24, 3). Nunca ella falta al hombre, si el hombre no falta a ella; y entonces le falta, cuando pierde la caridad, que es vida de la esperanza y de toda virtud.*

Y conociendo los viejos del Yermo cuán necesario era este corazón confortado para no ser vencidos en estas peleas contra los demonios, que eran muy usadas entre ellos, iban de noche a hacer oración en soledad a los sepulcros de los difuntos, para ganar libertad del miedo, cuyo señorío es muy dañoso. Y si el consejo de Cristo tomamos, muy seguros viviremos de aqueste temor; porque Él nos lo quita diciendo (*Lc., 12, 5*): *Yo os enseñaré a quien temáis: temed a Aquel que, después de haber muerto el cuerpo, puede echar en el infierno: a Este temed.* Quien a Dios no teme, ha de temer, por su mala conciencia, al mundo y demonio. Mas quien a Dios teme, no teme al demonio, pues el temerle es un cierto modo de sujeción, como que nos puede dañar en algo; y como no pueda ni llegar al cabello de nuestra cabeza sin la licencia de Dios, no hay por qué temerle a él, sino al Señor, que puede darle licencia. Y por eso debemos estar siempre humillados, y con santo temor delante de Dios; mas para con el demonio, muy esforzados con la esperanza de Dios, y llenos de una santa soberbia. Y cuanto él más bravezas mostrare, tanto más vos temed a Dios, y os encomendad a Él, y tanto menos temed al demonio.

Así leemos de aquel gran vencedor de demonios San Antón, que viéndose cercado de ellos en figura de fieros animales, que parecía que lo querían tragar les decía: «Si tuviédes algunas fuerzas, uno solo de vosotros bastaría para pelear con un hombre; mas porque sois quebrantados, quitándooslas Dios, procuráis de juntaros a una muchos de vosotros para atemori-

---

(3) Nóte e la definición de la *fiducia*, y véase la nota al cap. 14, pág. 53.

zar. Si el Señor os ha dado poder sobre mí, veisme aquí, tragadme; mas si no lo tenéis, ¿por qué trabajáis en balde?» Y así solía decir este santo, que contra los demonios la señal de la cruz y la fe del Señor —que algunas veces quiere decir *confianza*—nos es a nosotros muro inexpugnable. Y aunque cotejadas nuestras fuerzas con las de él, son muy pequeñas y flacas; mas la fe nos dice, si sordos no estamos, que el Señor es *defendedor de todos los que esperan en Él* (*Ps.*, 17, 31). Y pues que Él tiene bondad para prometernos su amparo y socorro, y para poner *su corazón y sus ojos* en su Iglesia, figurada en el templo de Salomón (3 *Reg.*, 9, 3), y tiene verdad y poder para cumplir sus promesas, sin que nadie sea bastante a resistirle en cielo, ni en tierra, ni a quien es ayudado por Él, no sentiría el cristiano como cristiano, de Dios y de su verdad, bondad y poder, si no creyese que Él de su parte cumple muy bien las promesas de su socorro.

Mas como éstas, y otras semejables a éstas, que Él hace, se entiendan con condición que el hombre este en estado de gracia, o se apareje para lo estar—no por sólo creer a las promesas en general, ni por creer que le son aplicadas a él en particular, mas por la penitencia y medios que la Iglesia católica enseña (4)—, aunque creamos de cierto que hay en la Iglesia cristiana muchas personas que están en estado de gracia, a las cuales, sin duda ninguna, Dios cumple sus promesas, de que es defendedor de los que esperan en Él; mas como ninguno esté cierto, sin especial revelación, que él esté en estado de gracia, debe de creer por católica fe que nunca deja de cumplirse de parte de Dios: mas puede y debe temer, que por ventura no se efectúan en él, por su culpa o negligencia de no hacer lo que debe. De manera, que con algún temor de su parte, y con confianza de parte del Señor, procurará de esforzarse, y aprovecharse de las palabras de Dios, que promete socorro a los que pelean por Él.

Y el temor e incertidumbre en que Dios nos dejó, que no supiésemos de cierto si estábamos en su amis-

---

(4) Rechaza el paréntesis el error de Lutero, que atribuía la justificación a sólo la fe y confianza.

tad, aunque parece penoso, es provechoso, para guarda de nuestra humildad, y para no despreciar a los prójimos, y para ponernos espuelas para bien obrar; y tanto con mayor cautela y aviso, cuanto menos sabemos de cierto si agradamos al Señor. Mas no penséis que por esto habéis de traer vuestro corazón desmayado con vano temor, pues que siendo verdad lo que os he dicho, no es estorbo para que diga David (Ps. 26, 3): *Si se levataren contra mí reales (5), no temerá mi corazón; y si se levatare contra mí guerra, en Dios esperaré.* Y así amonesta San Pablo (Hebr., 13, 3, 5, 6), que nos aprovechemos de las palabras que dijo Dios: *No te dejaré, ni desampararé. De tal manera, que con fiadamente digamos (Ps. 117): El Señor es mi ayudador; no temeré lo que me haga hombre.* Las cuales y semejantes palabras no quitan del todo el temor que un cristiano por su parte debe tener, mas quitan el demasiado, con la confianza que en Dios debe tener. Y así entre estas dos cosas camina: temor y esperanza.

Y cuanto más crece el amor, crece también la esperanza, y va decreciendo aqueste temor. Por eso, si queréis sentir el mucho esfuerzo y poco temor que sienten los varones perfectos, alanzad de vos la tibieza, y tomad el negocio de la virtud a pechos, y leeréis en vuestro corazón el esfuerzo y seguridad que leéis en los libros. Y entonces pelearéis contra el demonio con osadía, aunque os *rodee como león para tragarnos*; porque tendréis esperanza que os defenderá Jesucristo, fuerte *León de Judá*, el cual siempre vence en nosotros, si no perdemos su confianza, y si como cobardes, no nos damos las manos atadas a nuestros enemigos sin querer pelear.

No deja el Señor venir estas guerras y tentaciones a los suyos sino para mayor bien, pues está escrito (Jac., 1, 12): *Bienaventurado el varón que sufre la tentación; porque siendo probado, recibirá la corona de vida, que Dios prometió a los que le aman.* Quiso Él así, que la paciencia en los trabajos, y el estar en pie por su honra en las tentaciones, fuese el toque (6)

---

(5) *Reales*: campamentos.

(6) *Toque*: ensaye, prueba que del oro y la plata hace el platero con el jaspe granoso, llamado *piedra de toque*.

con que sus amigos fuesen probados. Porque no es señal de amigo verdadero acompañar en el descanso, mas estar fijo con el amigo en el tiempo de la tribulación. Y como cualquier hombre se huelga de tener amigos probados, con hacerle presencia en el tiempo de su tribulación tomándola por propia de ellos, así se huelga Dios de los tener; y como agradecido les dice (Lc., 22, 28): *Vosotros sois los que permanecisteis conmigo en mis tentaciones.* Y como copioso galardonador les dice: *Yo os dispongo el reino, como mi Padre lo dispuso a Mi, para que comáis y bebáis sobre mi mesa en mi reino.* Compañeros en los trabajos y después en el reino. Esforzaros debéis a pelear varonilmente las guerras que contra vos se levantan por apartaros de Dios, pues que Él es vuestro ayudador en la tierra y vuestro galardón en el cielo.

Acordaos cómo San Antón, siendo reciamente azotado y acoceado de los demonios, alzando los ojos arriba, vió abrirse el techo de su celda, y entrar por allí un rayo de luz tan admirable, que con su presencia huyeron todos los demenios, y el dolor de las llagas de él fué quitado; y con entrañables suspiros dijo al Señor, que entonces le apareció: «¿Dónde estabas, oh buen Jesús, dónde estabas cuando yo era tan maltratado de los enemigos? ¿Por qué no estuviste aquí al principio de la pelea, para que impidieras o sanaras todas mis llagas?» A lo cual el Señor respondió diciendo: «Antón, aquí estuve desde el principio; mas estaba mirando cómo te habías en la pelea. Y porque varonilmente peleaste, siempre te ayudaré, y te haré nombrado en la redondez de la tierra.» Con las cuales palabras, y con la virtud del Señor, se levantó tan esforzado, que entendió por experiencia haber recobrado más fuerzas que primero había perdido.

Y de esta manera trata el Señor a los suyos; que los deja muchas veces en trances de tanto peligro, que no hallan dónde hacer pie, ni hallan en sí un cabello de fortaleza a que se asir, ni se pueden aprovechar de los favores que en tiempos pasados han recibido de Dios; y quedan como desnudos, y en unas obscuras tinieblas entregados a persecución de sus enemigos. Mas súbitamente, cuando no piensan, los visita el Señor, y libra; y deja más fuertes que antes estaban, y les pone debajo de los pies a sus enemigos.

Y el ánima, aunque más flaca en naturaleza que el demonio, siente dentro de sí un esfuerzo tan poderoso, que le parece que despedazara al demonio como a cosa muy flaca y sin resistencia. Y no sólo con uno, mas con muy muchos osaría pelear; tal es el esfuerzo que siente, que de nuevo le vino del cielo, con el cual no sólo se defiende, mas dice como David (Ps. 17, 38): *Perseguiré a mis enemigos, y tomarlos he, y no tornaré hasta que sean vencidos; quebrantarlos he, y no podrán estar en pie, y caerán debajo de mis pies.*

¿Qué cosa más provechosa que la que pide San Agustín, cuando dice: «Señor, conózcate a Ti con amoroso conocimiento, y conózcame a mí»? ¿Y qué cosa tan a lo propio para conocerse un hombre a sí mismo, como verse por experiencia en tales trances, que toca con sus manos, como dicen, su propia flaqueza tan de verdad, que queda bien desengañado de su propia estima? Y por otra parte experimenta cuán verdadero es Dios en cumplir las promesas de su socorro en el tiempo de su necesidad, cuán fuerte en librar los suyos de tanta flaqueza, y en darles admirable fortaleza súbitamente; y cuán lleno es de misericordia, pues visita y apiada a los que tan extremadamente están fatigados. Con lo cual el hombre cae en su faz, conociendo su poquedad y miseria; y adora a su Dios, amándolo y esperando socorro de Él, si en otro peligro se viere. Lo cual afirma San Pablo haberle acaecido a él de esta manera (2 Cor., 1, 8): *No quiero, hermanos, que ignoréis nuestra tribulación que pasamos en Asia; en la cual sobre manera y sobre nuestras fuerzas fuimos atribulados; tanto, que nos daba fastidio el vivir, y nosotros, dentro de nosotros, tuvimos por cierto que no habíamos de escapar de la muerte. Y esto acaeció así, para que no tengamos fiucia en nosotros, mas en Dios, que da vida a los muertos, el cual nos libró de tan grandes peligros; en el cual esperamos que también nos librará de aquí adelante.*

## CAPITULO 30

*De muchas causas que hay para confiar que el Señor nos librará en toda tribulación, por grave que sea; y de dos significaciones que tiene esta palabra CREER.*

Según San Gregorio dice, «el cumplimiento de las cosas pasadas da certidumbre de las cosas por venir». Y pues los hombres fian sobre prendas, no parece que se hace mucho con Dios en esperar que nos librará en la tribulación que nos viene, pues nos ha librado muchas veces en las pasadas. Claro es que si un hombre nos hubiese enseñado su amor y favor, socorriéndonos en nuestros trabajos diez o doce veces, creeríamos que nos amaba, y que nos favorecería si en otros trabajosuviésemos necesidad de él. Pues ¿por qué no tendremos esta credulidad de que Dios nos amparará en nuestros peligros, pues que no doce, sino muchas veces hemos experimentado su socorro en las tribulaciones? Acordaos bien de cuántas veces os ha sacado a vos con victoria de estas peleas tan reñidas con nuestro adversario, y le fuisteis agradecida por ello, y concebisteis crédito y confianza de Él que os amaba, pues tras la tempestad os había enviado bonanza, y tras las lágrimas, gozo; y os había sido verdadero Padre y amparo. Pues ¿por qué ahora, que os quiere probar—con la tribulación presente—la confianza, y amor y paciencia, y hace como que se esconde, y que no responde a vuestros clamores, os enflaquecéis tanto, que una prueba que de presente os viene, os hace perder la confianza que en muchas habiades ganado?

Ya sabéis que lo que de presente tenemos lo sentimos más. Y si miráis al aprieto que de presente tenéis, y cómo el Señor no os saca de él, juzgaréis que eí cuidado que el Señor tenía de vos lo ha ya perdido; y diréis lo que dijeron los Apóstoles en una grave tempestad de la mar, al Señor que estaba durmiendo (Mc., 4, 38): *¿Maestro, no se te da nada de que perecemos?* Y de esta manera comprenderos ha la comprensión de la Escritura, que dice (Eccli., 27, 12): *El necio se muda como la luna;* conviene a saber, porque ya está de una manera, ya está de otra. Y seréis como la veleta del tejado, que aun en un día tiene muchas

mudanzas, porque con cada viento se muda. Tuvisteis al Señor en posesión de cuidadoso de vos, y de amparo en vuestros trabajos, porque entonces os sopló el viento de su misericordia y consolación, con que os libró, y disteisle gracias. Y porque ahora os sopla otro viento, con que el Señor os quiere probar y atribular, no tenéis el crédito ni la confianza que antes teníades. De manera que no creéis sino lo que veis; y no tenéis al Señor en otra posesión, sino según de presente lo hace con vos, sin aprovecharos de lo que muchas veces pasadas experimentasteis, para estar confortada en el Señor en la prueba presente. Extraña incredulidad fué la de aquellos que, habiendo visto en Egipto las maravillas de Dios, y las victorias y favores que en el desierto obró Dios con ellos, no creyeron a su palabra, con que les había prometido la entrada en la tierra de promisión; por lo cual, como dice San Pablo (*Hebr.*, 3, 19; 4, 7), no entraron allá. Y así—aunque no según igualdad, mas según semejanza—, es grande la desconfianza y pusilanimidad de aquel hombre que, habiéndolo Dios librado muchas veces de peligros pasados, no cobra fucia de que no será desamparado ni confundido en el peligro presente, ni aun en los por venir; pues según hemos dicho, la esperanza que en el Señor se pone, si el hombre no le falta, no echará a nadie en falta, ni le será causa que diga: Engañado fui.

Y conviene saber, que unas veces se toma CREER, por aquella obra que el entendimiento hace, afirmándose en las verdades de la fe católica con suprema certidumbre, según arriba se dijo. Y el que cree contra esta fe, se llama y es hereje e incrédulo a boca llena; y el tal error creído, tiene nombre de herejía e incredulidad. Y de esta manera este desconfiado, de quien estamos hablando, ni es incrédulo ni tiene incredulidad, pues que no tiene obligación de creer, como cosa de fe católica, que Dios le libraré de este trabajo (1), como eran los del desierto obligados a creer que les diera Dios vencimiento de los enemigos que estaban en la tierra de promisión, si fueran a pelear

---

(1) Muy importante es para la vida espiritual distinguir cuidadosamente lo que pertenece a la *fe* y lo que toca a la *confianza*, para no confundir los términos, ni perder la fe, cuando Dios pone a prueba nuestra confianza.

contra ellos. Mas otras veces suelen los Santos, y el uso común del hablar, llamar CREER al tener una opinión, causada de razón o conjeturas, la cual llaman *credulidad*; y si es vehemente, llámase *fe*. Y esta manera de credulidad tiene uno, que por conjeturas probables cree que está perdonado de Dios y en su gracia, y que Dios le ayudará en lo que adelante hubiere menester. Y esto que en el entendimiento está, ayuda a la confianza o esperanza que están en la voluntad. Y por esto algunas veces se toma incredulidad por *desconfianza*, y credulidad o fe por *confianza*. Y de esta manera se puede decir que éste, que por haberle Dios librado de otros peligros, y por otros motivos, tenía razón para creer—no con certidumbre—, que Dios también le libraré en este peligro, tiene incredulidad, no contra la fe católica, mas contra la que resulta de las conjeturas. Mas, porque los luteranos usan tomar unas palabras de éstas por otras (2), debemos los católicos hablar distintamente, llamando la fe y confianza con sus propios nombres, declarando el creer o la incredulidad de qué manera se entiende; pues lo que en un tiempo se puede seguramente decir por unas palabras, en otro se debe evitar.

Tornando, pues, al propósito, huid de la *desconfianza*, y de *las mudanzas* que la Escritura reprende, que *el necio tiene como la luna*. Y procurad de tener parte en la estabilidad de que alaba al justo, diciendo (*Eccli.*, 27, 12): *Como sol permanece*; quiere decir, que siempre está de una manera. Aprended de unas veces cómo habéis de haberos en otras; y como la Escritura dice (*Eccli.*, 11, 27): *En el día de los bienes, no te olvides de los males; y en el día de los males, no te olvides de los bienes*; para que templando lo próspero de lo uno con lo adverso de lo otro, vivais en una igualdad, que ni estéis derribada en el tiempo de la tribulación con el peso de la *desconfianza* y *tristeza*, ni tampoco desvanecida la cabeza con la demasiada alegría, en el tiempo de las *consolaciones* espirituales. Así se lee de aquella santa Ana, madre del profeta Samuel, que después de haber orado en el templo de Dios, *no fué su rostro mudado en cosas diversas* (1 *Reg.*, 1, 18); quiere decir, que guar-

---

(2) Los luteranos llaman *fe* a la *confianza*, y dijeron que sola la *fe* (esto es, la *confianza*) justifica.

dó aquesta igualdad de corazón. Isaías (4, 6) dice: *Que había de haber una morada que diese sombra contra el calor del sol, y que diese seguridad y fuese defensa contra el torbellino y la pluvia.* Y sería bien que procuráse de vivir en esta morada, para que teniendo una fortaleza de corazón, confiado en la misericordia de Dios, os causase esta seguridad aun en los negocios y lugares en que suele haber peligro; según está profetizado del tiempo de la nueva Ley, que *en los bosques habían de dormir los hombres seguros (Ezeq., 34, 25).* Y aunque parece cosa extraña tener sosiego y seguridad en este destierro; mas así como en comparación de la que hay en el cielo, es muy pequeña, mas en comparación de los temores que tienen los malos, es muy grande y de mucha estima. La cual dice Job (11, 14), que tendrá quien echare de sí la maldad.

Y particularmente dice San Pablo (*Hebr., 6, 19*), *que la virtud de la esperanza es como áncora firme y segura del ánimo.* Porque aunque tenemos por enemigo al demonio, que con estas peleas nos quiere amedrentar y desconfiar, también tenemos un Amigo más fuerte que él y más sabio. Y si él nos aborrece, mucho más nos ama Cristo, sin comparación. Y si él no duerme, buscando cómo nos dañe, los ojos benditos de Dios velan sobre nosotros, para ayudarnos a salvar, como sobre ovejas, por quien dió su sangre preciosa. Pues si tenemos con nos el brazo del Omnipotente, ¿qué temeremos al demonio, cuyo poder es flaqueza en comparación del divino? ¿Cómo temerá al demonio quien cree muy de verdad—si se quiere aprovechar de la fe, según arriba se dijo—que en ninguna cosa puede el demonio dañarnos sin tener licencia de Dios? ¿Pudieron, quizá, los demonios, sin tener primero esta licencia, tocar en Job (1, 12; 2, 6) o en cosa suya o ahogar los puercos de los gerasenos? (*Mt., 8, 31*). Pues quien no puede tocar a los puercos, ¿podrá tocar a los hijos?

*Confortaos, pues, en el Señor, dice San Pablo (Ephes., 6, 10), y en la potencia de su virtud, y tomad las armas de Dios, para poder estar en pie contra las asechanzas del demonio.* Y habiendo contado algunas particulares armas, añade diciendo: *En todas las cosas tomando el escudo de la fe, en el cual podáis apagar todas las lanzadas encendidas con fuego. Por-*

que como este enemigo pueda más que nosotros, debemos aprovecharnos *del escudo de la fe*, que es cosa sobrenatural, escudándonos con alguna cosa de nuestra fe, así como con una palabra de Dios, o con recibir los Sacramentos, o con una doctrina de la Iglesia. Y creyendo firme con el entendimiento que todo el poder es de Dios, y confortados *con el capacete de la esperanza*, y ofrecidos a Dios con el amor, tomando de buena gana lo que Él nos enviare, venga por donde viniere, haremos burla de nuestro enemigo, y adoraremos al Señor, que nos dió contra Él la victoria, no sólo por Sí, mas aun mediante el socorro de sus santos ángeles; los cuales pelean por nos, como fué enseñado al criado del gran Eliseo; el cual tenía mucho temor de un gran ejército de gente que venía a prender a su señor; al cual dijo Eliseo (4 Reg., 6, 10): *No quieras temer, porque más son por nosotros que contra nosotros.* Y como orase Eliseo diciendo: *Abre, Señor, los ojos de este mozo porque vea*, abrió Dios los ojos del mozo, y vió que estaba un monte lleno de caballería y carros en derredor de Eliseo, los cuales eran ángeles del Señor, venidos a defender al Profeta de Dios. De manera que si queremos ser del bando de Dios, tendremos de nuestra parte muchedumbres de ángeles; uno de los cuales puede más que todos los infernales poderes. Y lo que más es, tendremos al Señor de los ángeles, el cual solo, puede más que los infernales y celestiales poderes. Y por tanto, bastarnos debe tanto favor para despreciar al demonio, dejando todo vanor temor, y hacernos fuertes leones contra él, en virtud de Cristo, que fué manso Cordero en entregarse por nosotros a muerte, y fué León en despojar los infernos, y venciendo y atando los demonios, y defendiendo con su brazo a sus amadas ovejas.

Y si a alguno le parece que he sido largo en esta materia, atribúvalo al deseo que tengo de que no seáis vos una de los muchos que he visto, por miedos del demonio, dejar el servicio de Dios. Bien sé que hay otras guerras con este enemigo, más crueles que aquestas dichas. Y también sé, que en el extremo de la tribulación, cuando ya ni hay fuerza en quien padece, ni sabiduría en quien rige la nao, y cuando el león y oso infernal piensa tener tragada la oveja, viene el esforzado y piadoso David, Jesucristo, y saca

la oveja libre y salva de la boca del león, despedazando a quien la llevaba (1 Reg., 17, 34). Y soy testigo de mayores tribulaciones que yo pudiera creer, si no las viera; y de la maravillosa y piadosa providencia de Dios, que no desampara en las tribulaciones a los que le buscan, aunque sea con flaquezas y faltas. Y aunque he visto haber sido muchos de los que temen a Dios, gravemente atribulados en estas peleas, ninguno he visto que haya parado en mal. Por tanto, quien en estos trances se viere, como metido en el vientre de la ballena (Jon., 2), llame desde allí a Jesucristo, y ayúdese de los buenos consejos que su confesor le da; y tengan entrambos buena esperanza en el buen Pastor, que dió su vida por sus ovejas (Jn., 10), que *mortifica y vivifica, mete en los infiernos y saca* (1 Reg., 2, 6). Porque ya que en un tiempo envíe trabajos, en otro los quita, y con mucha ganancia del atribulado.

## CAPITULO 31

*Que lo primero que debemos oír es la verdad divina, mediante la fe, que es principio de toda la vida espiritual, y nos enseña cosas tan altas que exceden toda humana razón.*

Todo lo que hasta aquí se os ha dicho, ha sido daros a entender A QUIÉN NO HABÉIS DE OÍR, y daros para ello los avisos que habéis leído. Resta deciros A QUIÉN HABÉIS DE OÍR, para que cumpláis la primera palabra que el Profeta dice: OYE, HIJA.

Y sabed que quien merece que le oigan, la verdad sola es. Mas porque hay muchas verdades que el oír-las o conocerlas hace poco a nuestro propósito, pues a uí queremos hablar de la fe católica que tenemos los cristianos, os digo que la habéis de oír y aprender de lo que habla Dios en su divina Escritura y en su Iglesia católica.

Y esta fe es el principio de la vida espiritual; y por eso, como arriba dijimos, con mucha razón somos primeramente amonestados por el Profeta de lo que primeramente nos conviene hacer, pues que dice San Pablo (Rom., 10, 17) *que la fe nos entra por el oído.*

Esta fe es la primera reverencia con que el ánima adora a su Criador, sintiendo de Él altísimamente, como de Dios se debe sentir. Porque aunque algunas cosas de Dios se pueden por razón alcanzar, las cuales llama San Pablo (*Rom.*, 1, 19) *lo manifesto de Dios*: mas los misterios que la fe cree, no puede la razón alcanzar cómo sean. Y por eso se dice, que cree la fe lo que no ve, y adora con firmeza lo que a la razón es escondido. Lo cual se nos da a entender en que los dos serafines *tenian cubierta la faz de aquel gran Señor* que en el templo vió Isaias (6, 2). Y también cuando Moisés se acercó a tratar con el Señor en el monte, dice la Escritura (*Ex.*, 24, 18), *que entró en la obscuridad o niebla* donde estaba el Señor. Cosa muy extraña parece de Dios poner su morada en tinieblas, pues es lucidísima *Luz*, en la cual *ningunas tinieblas hay*, como dice San Juan (1 *Jn.*, 1, 15). Mas porque es Luz tan lucida y tan sobreluciente, que, como dice San Pablo (1 *Tim.*, 6, 16), *mora en una luz que nadie puede llegar a ella*, dicese morar *en tinieblas*; porque ningún ojo criado, de hombre o ángel, puede con su razón alcanzar sus misterios. Y por eso para el tal ojo, tinieblas se llaman la luz; no porque sea luz obscura, mas porque es luz que excede a todo entendimiento sobre toda manera. Como cuando se mueve una rueda velocísimamente, solemos decir que no se menea; y hablamos así porque nuestros ojos no pueden tener cuenta con tan veloz movimiento, no por ser falto, sino por ser muy sobrado a los ojos humanos.

Y no sólo reverencia a Dios nuestra fe, creyendo lo que no alcanza razón; mas también nos le predica ser tan alto, que aunque, *por su lumbre* (1), Dios sea visto claramente en el cielo, ningún entendimiento humano ni angélico puede ver tanto de Él cuanto hay que ver en Él; ninguna voluntad, ningún gusto, aunque todos se junten a una, pueden amar ni gozar cuanto hay en Él que amar y gozar. Sólo Dios es el que se comprende; que los demás, después que le ven, aman y gozan y alaban con todas las fuerzas de su corazón, le reverencian con conocer, que en com-

---

(1) *Su lumbre*: la luz de la gloria que Dios infunde a los bienaventurados, ángeles y hombres, para que puedan ver a Dios cara a cara.

paración de lo que Él es, y de lo que de Él se puede decir, y del servicio que se le debe, es muy poco todo lo que de Él conocen y por Él hacen. Y así, cayendo en sus faces, le adoran con un profundo silencio, confesando que Él sólo es su perfecta alabanza, a la cual ellos no pueden llegar. Y este silencio es honra muy propia de Dios, porque es confesión que se le deben tales alabanzas, que son inefables a toda criatura. Y de esta honra dice David (Ps. 64, 1): *A ti conviene alabanza, ¡oh Dios!, en Sión.* De manera, que aunque en el cielo haya voz sin cesar de alabanza divina, diciendo: *Santo, Santo, Santo, Señor Dios de las batallas,* con otros admirables loores que allá le dan, mas también confiesan con el silencio que es el Señor mayor de lo que pueden entender ni decir. Porque *se subió sobre el querubín y voló, voló, sobre las alas de los vientos* (Ps. 17, 11); porque nadie, por mucha ciencia que tenga, le puede comprender; y todos han de decir, los que le conocieren o vieren, lo que dijeron los hijos de Israel cuando vieron el pan que del cielo venía (Ex., 16, 15): *¿Manhú? Que quiere decir: ¿Qué es esto?* Admirándose, como la Reina Sabá, de un infinito abismo de lumbre; del cual, aunque ven en el cielo más que de él oyeron en la tierra, mas no pueden comprender todo lo que en Él hay. Tal es el Dios que tenemos, y tal nos lo predica la fe, cantando lo que dice David (Ps. 113, 16): *El cielo del cielo es para el Señor.* Porque este secreto de quien Él es—de la manera ya dicha—, para Sí sólo es, pues Él sólo se comprende.

### CAPITULO 32

*De cuán conforme es a razón creer las cosas de nuestra fe, aunque ellas exceden toda humana razón.*

Es menester que estéis advertida a que, por haber oído que nuestra fe cree cosas que aunque no sean contra razón no se pueden alcanzar por razón, no por eso penséis que el creerlas es cosa contra razón o sin razón. Porque así como está muy lejos de quien cree, entender claramente lo que cree, así es cosa ajena del creer cristiano haber liviandad en el creer; pues que tenemos para creer tales razones, que osa-

remos parecer y *dar razón de nuestra fe* delante cualquier tribunal, por muy justo que sea, como San Pedro nos amonesta, que debemos estar los cristianos *aparejados a ello* (1 *Pedr.*, 3, 15). Lo cual entenderéis fácilmente con aquesta semejanza que os pongo. Si oyésetes decir que un ciego de nacimiento hubiese cobrado la vista súbitamente, o que un muerto hubiese resucitado, claro es que vuestra razón no podría alcanzar cómo esto se puede hacer, pues es sobre toda naturaleza, y la razón no puede alcanzar lo sobrenatural. Mas tantos testigos y tan abonados os podían afirmar que lo habían visto, que no sólo no fuese liviandad el creerlo, mas fuese incredulidad y dureza de corazón no creer. Porque aunque la razón no alcanza cómo un ciego pueda ver, o un muerto tornar a vivir, a lo menos alcanza que es razón de creer a tales y tantos testigos. Y si estos tales muriesen en confirmación de esto que afirman, habría más razón para lo creer. Y si hiciesen ellos otros milagros tan grandes o mayores como el otro que afirman en confirmación de él, ya gran culpa sería el no creer, aunque fuese cosa muy nueva y muy alta la que éstos decían haber acaecido. Pues así entended, que no hay cosa que la razón menos alcance, que claramente entender lo que cree la fe; ni hay cosa tan conforme a razón, como el creerlo, y es cosa de muy grande culpa el no creer.

Cierto es que por aquellos milagros *verdaderos* que hizo Moisés, el pueblo de Israel creyó que era mensajero de Dios y que hablaba con Dios; y recibió la Ley como cosa dada por Dios. Y también por unos pocos y *falsos* milagros que hizo Mahoma fué creído de los Alárabes y gente bestial, que era mensajero de Dios, y como de tal recibieron la ley bestial que les dió. Pues mirad a los milagros hechos por Jesucristo nuestro Señor, y por sus Apóstoles, y por los otros santos varones, que en confirmación de esta fe se han hecho desde entonces hasta el día de hoy; y hallaréis, que antes podréis contar las arenas del mar, que la muchedumbre de ellos, y que incomparablemente exceden a todos los que en el mundo se han hecho en calidad y en cantidad. Tres solos muertos fueron resucitados en todo el discurso de la Ley vieja, que duró dos mil años, o casi (3 *Reg.*, 17; 4 *Reg.*, 4 y 13), y si miráis en la nueva San Andrés

solo resucitó de una vez a cuarenta muertos. Para que así se cumpla lo que el Señor dijo (Jn., 14, 12): *Quien en Mi cree, hará aún mayores obras que Yo*, y se vea su grande poder, pues no sólo por sí mismo, mas por los suyos, en los cuales él obra, puede hacer todo lo que quisiere, por maravilloso que sea. Heos contado lo que un solo Apóstol de una vez hizo, para que por aquí entendáis los innumerables milagros que por aqueste Apóstol y por los otros Apóstoles y Santos en la Iglesia cristiana se han hecho.

Y aunque en el principio de la Iglesia hubo tantos y tales milagros en confirmación de la fe, que sobra la prueba; mas es tanta la gana que el Señor tiene que todos se salven y vengan en conocimiento de esta verdad (1 Tim., 2, 4), y que los que ya la conocen se consuelen, y más se confirmen en ella, que tiene su Providencia cuidado de renovar esta prueba y ser testigo de esta verdad con nuevos milagros. Y así por maravilla hay edad, en la cual algún cristiano no sea canonizado por Santo; lo cual no se hace sin suficiente prueba de vida perfecta, y de muchos milagros. De los cuales, si alguno fuere curioso y los quisiere buscar, no le faltara, aun en nuestros tiempos, que ver entre nosotros; y en las Indias Orientales (1) y Occidentales, con más abundancia.

### CAPITULO 33

*De cuán firmes, constantísimos y abonados testigos ha tenido nuestra fe, los cuales han puesto su vida por la verdad de ella.*

Posible es que alguno ponga duda en los dichos de nuestros testigos, que dicen o escriben esta muchedumbre de milagros que ha habido en la Iglesia cristiana. Porque como ellos aborrecen la fe, pareceles que si estos testigos son verdaderos, no pueden dejar de confesar que tenemos mucha más razón para creer nuestra verdad, que ellos su engaño. Mas pregunto:

---

(1) Rigurosamente contemporáneo del autor era el portentoso taumaturgo de los tiempos modernos, San Francisco Javier, S. J., apóstol de las Indias Orientales, que resucitó *muchos* muertos.

Si a nuestros testigos no se da crédito, y por eso no quieren recibir nuestra fe, ¿por qué la dan a los suyos, y reciben su falsa creencia? Pues que es cierto y manifiesto, si quisiesen tomar trabajo de lo mirar, que nuestros testigos exceden a los suyos en todo género y peso de autoridad. Varones ha habido en la Iglesia cristiana cuya vida ha sido tan buena manifiestamente, que da testimonio estar ellos limpios de toda codicia, y de todo apetito de honra, y de todo cuanto en el mundo se estima y florece, y llenos de toda virtud y de verdad, aun hasta morir por no las perder. ¿Qué interés puede pretender en el testimonio que da el que ninguna cosa del mundo pretende, y aun las que tiene las echa de sí? ¿Qué interés le puede mover a ser falso testigo a quien da su vida con tormentos gravísimos en confirmación de su dicho? Y aunque algunos suelen, a poder de tormentos, decir lo que el juez les pide, aunque sea contra verdad, mas si los nuestros dijeran lo que el juez les pedía, no sólo no perdieran hacienda ni vida, mas aun quedarán en todo más prósperos, por lo mucho que los jueces les dieran, según se lo prometían. Mas despreciando todo esto, morían por no perder la fe o la virtud, lo cual quería el juez que perdiesen. De manera, que ninguna cosa temporal amaban, ni cosa temporal temían, por recia que fuese; y por eso ninguna tacha se les puede poner en su dicho.

Y si a alguno le pareciere que estas pruebas son suficientes para tenerlos por buenos, y que a sabiendas a nadie querían engañar, mas que por ventura se engañaban ellos y engañaban a otros sin lo entender; dícese a esto que tal gente ha habido en la Iglesia, que ha derramado la sangre por Cristo, tan llena de sabiduría manifiestamente, que no se puede con razón creer de ellos que se engañasen en cosa tan pensada, y tan afirmada aun hasta perder la vida por ella. Porque lo mucho que en estas cosas se interesa hace a los hombres mirar y remirar lo que afirman. Que no se suele poner la vida en confirmación de verdad, si de ella el tal hombre no está muy suficientemente certificado. Y cosa es notoria haber habido y haber tal sabiduría en el pueblo cristiano, que exceden a las otras generaciones, como maestros muy sabios a muy rudos discípulos. Y haber sido, no uno ni ciento, mas grandísimo número de los tales, es muy

gran testimonio de la verdad de nuestra fe, en cuya confirmación perdieron la vida. Porque aunque leemos de algunos haber muerto en confirmación de su error, son sin comparación excedidos de los nuestros en número, virtud y sabiduría.

### CAPITULO 34

*Que la vida perfecta de los que han creído nuestra fe es grande testimonio de su verdad; y de cuánto han excedido en bondad los cristianos a todas otras gentes.*

Y pues hemos hecho mención de la bondad y virtud que en mártires cristianos ha habido, no es razón que os deje aquí de decir cuán gran testimonio es de nuestra fe la vida perfecta de los que la creen. Pues que siendo Dios bueno y hacedor de todo lo bueno, toda razón dice que Dios es amigo de buenos, pues que cada uno ama a su semejable, y cada causa a su efecto. Y si amigo, haes de ayudar en sus necesidades; y la mayor de todas es la salvación de sus ánimas; y no se pueden salvar, sin conocimiento de Dios; y no lo pueden conocer de manera que se salven, si Él no se les descubre. Resta, pues ninguna cosa de éstas se puede negar, que si conocimiento de Dios hay en la tierra con que los hombres se salvan, Dios lo da a los cristianos, pues entre ellos ha habido y hay la gente de más alta vida y perfectas costumbres, que en ningún otro tiempo o generación ha habido.

Los filósofos parece que fueron la flor de naturaleza y la hermosura de ella, donde parece que echo todas sus fuerzas en lo que toca a bien vivir conforme a razón. Mas dejando de decir los feos males que San Jerónimo cuenta de los principales filósofos, y hablando de algunos que tenían al parecer más rastro de virtud que los otros, excédenles tanto los de la Iglesia cristiana, que nuestras flacas mujeres y mozas son de mayor virtud, que los que allá eran estimados por heroicos varones; pues ninguno se puede igualar a la fortaleza y alegría con que una Santa Catalina, Inés, Lucía, Agueda, con otras muchas semejables a ellas, se ofrecieron a gravísimos

tormentos y muerte por amor de la verdad y virtud. Y si en la fortaleza, que tan ajena parece de la flaqueza mujeril, éstas tanto exceden, así en número como en la grandeza de los tormentos y en la alegría del padecer, a los varones de allá. ¿cuánto más será el exceso en humildad, caridad y otras virtudes que no son tan extrañas a ellas? Y aunque pusimos a éstas por ejemplo, mas ya vos veis la innumerable copia de varones y mujeres que en toda manera de estado han servido al Señor con vida perfecta en la Iglesia cristiana. Algunos de los cuales, siendo en el mundo muy altos, y en toda riqueza y prosperidad humana abundantes, y esperando heredar señoríos y reinos, y de presente poseyendo mucho, han despreciándolo todo, y por agradar más a Dios, eligieron vida de cruz en pobreza y trabajos, y en obediencia de Dios y de hombres. Y esto con tan grande testimonio de virtud de dentro y de fuera, que ponían admiración a quien los trataba. Gente ha habido en nuestra Iglesia, que, como dice San Pablo (*Phil.*, 2, 15), *lucen en el mundo como las lumbreras del cielo*, y comparados a lo restante del mundo, les hacen ventaja sin comparación. Lo cual no podrá negar, por muy porfiado que sea, quien mirare la vida de un San Pablo, y de los otros Apóstoles y apostólicos varones que en la Iglesia ha habido. Y pues tanta bondad se ha hallado en aqueste pueblo cristiano, como por las obras parece, ¿qué hay que dudar, sino que hemos de decir que o no hay conocimiento de Dios en la tierra, o que éstos lo tienen, como gente más amada de Dios, y que mejor se aprovecha del conocimiento, empleándolo en mejor agradar a quien se lo dió?

Y en ninguna manera se debe decir que la tierra esté sin este conocimiento de Dios, necesario para salvarse. Porque sería decir que las principales criaturas que debajo del cielo Dios crió, y por cuyo amor crió todas las cosas, se perdían todas, por no darles Dios medio con que se salven. Y no es Dios tal, que cierra la puerta de la salvación, ni es cosa conforme a las entrañas de su bondad y misericordia, estar sin amigos a quien acá haga grandes mercedes, y en el cielo mayores.

Esta prueba de nuestra fe, de la buena vida de los cristianos, era muy estimada y encomendada por los

santos Apóstoles en el principio de la Iglesia católica. Entre los cuales dice San Pedro (1 Petr., 3, 1): *Las mujeres sean sujetas a sus maridos; para que si algunos no creen a la palabra de Dios, sean ganados, sin palabra de Dios, por la buena conversación de sus mujeres, mirando vuestra santa conservación en temor de Dios.* De donde parece la fuerza de la buena vida, pues era poderosa a convertir infieles, que por predicación apostólica, que con grande eficacia iría hecha, y aun con milagros, no se podían ganar. San Pablo dice que para ir de una tierra a otra no había menester que aquellos a quien había predicado le diesen cartas favorables para acreditarlo con aquellos a quien iba a predicar. Y dice a los Corintios (2 Cor., 3, 2): *Vosotros sois mi carta, que es conocida y leída de todos.* Y dice esto, porque las buenas costumbres que tenían, por medio de la predicación y trabajos, eran suficiente carta que declaraba quién era San Pablo y cuán provechosa su presencia. Y dice, que esta carta la saben y leen todos, porque cualquier gente, por bárbara que sea, aunque no entiende el lenguaje de la palabra, entiende el lenguaje del buen ejemplo y virtud que ve puesto por obra, y de allí vienen a estimar en mucho al que tales discípulos tiene. Y por eso dice el mismo Apóstol en otra parte (1 Tim., 6, 1), *que los siervos cristianos sirvan con tan buena fe a sus señores, que les muestren en todas las cosas la doctrina de Dios nuestro Salvador.* Quiere decir: *Que su vida sea tal, que dé testimonio que la fe y doctrina cristiana sea leída por verdadera.*

Y cuánto vaya en aqueste punto, el Señor, que todo lo sabe, nos lo enseñó muy bien, cuando orando a su Eterno Padre, dijo estas palabras, rogando por los cristianos (Jn., 17, 21): *Ruego que todos sean una cosa, como Tú, Padre, en Mí, y Yo en Ti, para que ellos sean una cosa en nosotros, para que crea el mundo que Tú me enviaste.* Cierto, gran verdad dice el que es suma Verdad, que si los cristianos fuésemos perfectos guardadores de la Ley que tenemos, cuyo principal mandamiento es el de la caridad, sería tanta la admiración que en el mundo causaríamos a los que nos viesan iguales a ellos en naturaleza, y muy mayores que ellos en la virtud, que como gente flaca a fuerte, y baja a alta, se nos rendirían y creerían

que moraba Dios en nosotros; pues nos veían poder lo que las fuerzas de ellos no alcanzaban, y darían gloria a Dios que tales criados tenía. Y entonces se cumpliría que éramos *carta* de Jesucristo, en la cual todos leían sus lecciones, y que *ataviábamnos la doctrina*, y que éramos *buen olor suyo*, pues por nuestra vida decían bien de Él.

Mas Tú, Señor, sabes, que aunque haya habido en tu Iglesia muy muchos, y siempre haya algunos, cuya vida resplandezca como una gran luz, a la cual podrían atinar, si quisiesen los infieles, para conocer la verdad y salvarse: mas también sabes, Señor cuán muchos hay en tu Iglesia, que comprende a buenos y a malos cristianos, que no sólo no son medio para que los infieles te conozcan y te honren, mas para que se enajenen de Ti y se cieguen más; y en lugar de la honra, que en oyendo el nombre cristiano te habían de dar, te blasfemen muy reciamente, pareciéndoles con su engañado juicio que no puede ser verdadero Dios ni Señor quien tiene criados que tan mal viven. Mas día tienes Tú, Señor, guardado para te quejar de esta ofensa, y decir (*Rom.*, 2, 24): *Mi nombre es blasfemado por vuestra causa entre los infieles*; y para castigar con recio castigo a quien, habiendo de *coger contigo lo derramado, derramó él lo cogido* (*Lc.*, 11, 23), o es impedimento para no cogerse. Y entonces darás a todos a entender claramente que Tú eres bueno, aunque tus criados sean malos; porque los males que ellos hacen, a Ti desplacen, y Tú los vedas por tus mandamientos, y reciamente castigas.

### CAPITULO 35

*Que la propia conciencia del que quiere seguir la virtud le da testimonio de ser nuestra fe verdadera; y cómo el amor de la mala vida es impedimento para la recibir y grande parte para la perder.*

Cuanto los testigos son más cercanos y más conocidos, tanto suele ser más creído su testimonio, si ellos traen verdad. Y por esto, ya que se os ha dicho de algunos medios que son testigos de nuestra verdad, oíd ahora de otros, no de pasado, sino de pre-

sente, y tan cercanos de vos, que estén en vuestro mismo corazón, si los queréis recibir; y que tengáis particular conocimiento de ellos, pues lo tenéis de lo que pasa en vuestro corazón. Lo cual va fundado en la palabra que el Señor dijo (*Jn.*, 7, 17): *Si alguno quisiere hacer la voluntad de mi Padre, aquel tal conocerá de mi doctrina si es de Dios.* Bendito seas, Señor, que tan fiado estás de la justicia de esta tu causa, que es la verdad de tu doctrina, que dejas la sentencia de ella en manos de quienquiera que sea, amigo o enemigo, con sola esta condición, que el que quisiere ser de ella juez, quiera hacer la voluntad de Dios, que es que el hombre sea virtuoso y se salve.

Cierto es así, que si un hombre que quisiese de verdad ser bueno para con Dios, y para consigo, y para con los prójimos, y quisiese buscar la mejor doctrina que hubiese para lo ser, si a este tal le pudiesen delante todas las Leyes y doctrinas que en el mundo hay, verdaderas y falsas, a ninguna de las cuales él estuviese aficionado o apasionado, sino que mirase a la sola verdad, este tal, dejadas todas las otras, echaría mano del Evangelio y doctrina cristiana, si la entendiese, como de cosa que le puede encaminar a lo que desea, mejor que otra ninguna. Y como fuere obrando la virtud que desea, irá experimentando la eficacia de esta doctrina, y cuán a propósito es de lo que al ánima cumple, cuán medida viene para remediar sus necesidades, y en cuán breve tiempo y con qué claridad le ayuda a ser virtuoso. De arte, que viniendo este hombre por la misma experiencia de la virtud de esta doctrina, confesará, como dice el Señor, que *es doctrina venida de Dios*; y dirá lo que dijeron unos que oyeron predicar a Jesucristo nuestro Señor (*Jn.*, 7, 46): *Nunca tan bien ha hablado hombre en el mundo.* Y si los que no conocen a Cristo por fe oyesen aquella admirable y caritativa voz, que el mismo Señor dijo con grande clamor (*Jn.*, 7, 38): *Si alguno ha sed, venga a Mí y beba*; y si quisiesen venir a probar la hartura y experiencia de aquesta doctrina con deseos de ser virtuosos, cierto no quedarían en su ceguedad e infidelidad.

Mas como son amigos de mundo, y no de verdadera y perfecta virtud, ni buscan con cuidado la certidumbre de la verdad y conocimiento de Dios, quédanse sin oírla y sin recibirla. Y aunque la oyesen,

no la recibirían algunos, por ser contraria a las cosas que ellos desean. Que por esto dijo el Señor a los fariseos las palabras que ya otra vez hemos dicho (Jn., 5, 44): *¿Cómo podéis vosotros creer, pues que buscáis honra unos de otros, y no buscáis la honra que de sólo Dios viene?* Y no sin gran peso dijo San Pablo (1 Tim., 6, 10), *que algunos habían perdido la fe, siguiendo la avaricia.* No porque se pierda luego la fe, pecando un hombre en cualquier pecado que sea, si no fuere herejía, mas porque un corazón aficionado a cosas del mundo, y desaficionado de la virtud, como halle en la doctrina cristiana verdades contrarias a los malos deseos de su corazón, y que condena con tan graves penas lo que él desea hacer, busca poco a poco otras doctrinas que no le den mal sabor, ni le ladren contra los malos deseos y obras. Y así el corazón mal aficionado suele ser causa para cegar el entendimiento, y acabar con él a que deje esta fe que ladra contra la maldad, y siga y crea otras doctrinas con que él esté descansado, y con que viva como desea. Y pues la voluntad mala es medio para que, quien tiene la fe, algunas veces la pierda, también lo será para no la recibir el que no la tiene. Porque los unos y los otros tienen fastidio de la perfecta virtud, sin alegar otra causa, sino porque es desabrida o muy buena; y así también tienen fastidio de la verdad de la fe, por ser tan contraria a la maldad que ellos aman.

## CAPITULO 36

*Que la admirable mudanza de los corazones de los pecadores, y los favores grandes que el Señor hace a los que, siguiéndolo con perfecta virtud, le llaman en sus necesidades, es grande testimonio de la verdad de nuestra fe.*

¡Cuán mejor librados son los que, con deseo de servir a Dios, han elegido aquesta verdad! Aunque todos los que le sirven gocen, si atentos quisieren estar, de muchos testimonios que la fe tiene en su corazón, mas principalmente gozan de aquesto los que le sirven con aprovechada virtud; muchos de los cuales se vieron primero en estado muy miserable, hechos es-

clavos de la maldad, y tan aficionados a ella, que parecía estar su corazón transformado en ella, y con tanta determinación a obrar, que por lanzas, como dicen, se metieran por cometerla. Mas estos miserables cautivos, y tan flacos para se libertar de un tirano tan fuerte, unas veces por oír un sermón (1), otras por se confesar (2), otras por sola la inspiración de Dios, y otras por otros medios que en la Iglesia católica hay, sintieron dentro de sí una poderosísima mano, que cautivando a quien los tenía cautivos, sacó a ellos del cautiverio de la maldad en que estaban, y les mudó el corazón tan verdaderamente mudado, que muchas veces, en menos tiempo que un mes y que una semana, se han visto más aborrecedores de la maldad, que eran primero amadores de ella, diciendo de corazón (*Ps.*, 118, 163): *Aborrecido he la maldad, y abominádola he, y he amado a tu ley*; y tan de verdad, que están determinados de no cometer un pecado por vida ni muerte, ni tierra ni cielo, ni por cosa criada, como dice San Pablo (*Rom.*, 8, 38). ¿Quién hizo aquesta tan maravillosa y tan buena mudanza en tan breve tiempo? ¿Quién sacó agua de peña tan dura? ¿Quién resucitó a muerto tan miserable, dándole vida tan excelente? No otro, cierto, sino la mano de Dios creído y amado, como en la Iglesia cristiana se cree y se ama; y por medios que la doctrina cristiana tiene y enseña.

Y si este trato así comenzado pasa adelante, como en muchos pasa, que dejadas todas las cosas se emplearon en vacar a su Dios, que *les quebrantó sus cadenas* (*Ps.*, 115, 16), y comenzaron a caminar por el desierto de la vida espiritual, y *estrecho camino que lleva a la vida* (*Mt.*, 7, 14), aunque muchas veces se vieron en grandes aprietos y en tempestades tan bravas que, como dice David (*Ps.*, 106, 27), *hacen perder el tino y tragan la sabiduría de los que navegan*; mas llamando a su Jesús, que es guía de su camino, y otras veces con recibir el socorro de los Sacramen-

(1) Por oír un sermón del M. Avila se convirtió a la santidad San Juan de Dios, en Granada; y por otro, San Francisco de Borja.

(2) Por una confesión que hizo con el mismo P. Avila se convirtió doña Sancha Carrillo, a quien va dirigido este libro.